Año III. Toledo 10 de Mayo de 1906. Núm. 121.

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIÁSTICA

Punto de suscripción.

Toledo.—D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Redacción y Administración:

Gigantones, 5, principal.

Suscripción.

Un año..... 3,00 pesetas.
Número suelto..... 0,10 »
Idem atrasado..... 0,10 »

Pago adelantado.

Religión y trabajo.

La Iglesia, y con ella las Ordenes religiosas, que son su más preciado ornamento y su porción escogida, han ennoblecido y dignificado el trabajo; pero le han suavizado y sublimado, además, con los preceptos, consejos y consuelos de la religión.

No desconoce la Iglesia que sus hijos no son meros espíritus, sino hombres que no pueden sustraerse á la acción de las prosaicas pero desgraciadamente imperiosas é imprescindibles exigencias de la materia; y por eso, al propio tiempo que por medio de la práctica de los deberes religiosos proporciona á los pobres la relativa paz que pueden tener en este lugar de combate y los dispone para la consecución de la paz eterna, después de su viaje á las regiones de ultratumba, atiende con solicitud maternal á sus necesidades materiales, uniendo con el trabajo la religión.

En efecto: el trabajo sin religión, cuando es excesivo, embrutece al hombre, poniéndole al nivel de los irracionales, que ni conocen, ni esperan, ni han de seguir vida mejor, y levanta en su corazón oleadas de odio implacable contra las clases favorecidas, abriendo la puerta á las utopias del socialismo y del comunismo, á los horrores del anarquismo devastador; y la religión sin trabajo es manca, mutilada, deficiente ó imperfecta, despreciable á los divinos ojos y perjudicial á la sociedad: el trabajo, pues, y la religión se complementan, y forman al cristiano laborioso y resignado, como la grosera materia y el espíritu inmortal que lo anima componen el supuesto racional que llamamos hombre.

Sólo, pues, el trabajo moderado, metódico, racional, prudente, tolerado con resignación cristiana, como medio de expiación, regulado según las diferencias de sexos y de edades, suavizado por la santificación y descanso de los días festivos, sublimado por la pureza de intención y retribuido convenientemente en el orden material y las enseñanzas, auxilios y consuelos de la religión, dan al hombre y á la sociedad lo que la Iglesia pide diariamente á Dios.

Por eso ella, que á falta de palabras efectistas y frases de relumbrón, como los filántropos modernos, se interesa como nadie por el bienestar, no sólo material, si que también y muy principalmente espiritual y eterno de los pobres, se ha acercado al obrero y, estrechando con efusión las callosas manos del mismo entre las suyas benditas, le ha dicho con cariño maternal: Dios te guarde, honrado hijo del trabajo; cierto que esto es una ley que pesa sobre el hombre, una condena que gravita sobre él; pero éste no es su fin último, sino intermedio y próximo; tú eres criatura racional, no bestia: no has nacido para sucumbir en las rudas fatigas de un trabajo inmoderado sin levantar jamás la vista al cielo, como el asno y el mulo que carecen de inteligencia; sino que el trabajo, al propio tiempo que te sujeta como condena impuesta por la justicia divina á la prole de Adán prevaricador, es para tí moneda de expiación: mediante el mismo, sublimado por la paciencia y el amor á Dios, satisfarás por tus culpas; y el mismo, aun en lo temporal, será para tí venero de puros placeres.

La Iglesia recuerda á las clases proletarias la necesidad, impuesta por la sabiduría del Creador, de la diferencia de clases sociales, y con sus dulces enseñanzas defiende la personalidad y los derechos de los pobres y obreros contra los ricos y patronos, y los de éstos contra aquéllos, uniéndolos como hermanos con la caridad cristiana. A sus palabras consoladoras va vinculada la acción benéfica, promoviendo, alentando y bendiciendo la creación de Círculos católicos que instruyen, protegen y distraen honestamente al obrero, apartándole de casas de juego y lugares de perdición, é inspirándole actos de honradez y economía le socorren con la creación de Bancos populares, Cajas rurales y de ahorros, Montes de piedad y otros auxiliares análogos.

Que el sacerdote católico es llamado á poner en práctica bajo la acción del episcopado tan útiles enseñanzas *yendo al pueblo* y mostrándole, con obras, que sólo la Iglesia católica es su verdadera amiga, es lo que recomiendan multitud de sociólogos y economistas católicos, según el código de democracia social cristiana dictado por León XIII. A ello debe responder el obrero honrado.

B. S. D.

Brevedad de la vida de la rosa.

Romance.

Gentil capullo tierno,
Con perlas matutinas,
Nació la pura rosa
Rayando el claro día:
Frescura le dá el agua;
La mece blanda brisa;
Las aves la saludan
Con trovas peregrinas.
Ardió el cénit al rayo
Del sol del mediodía,
Y abrió la flor el cáliz
Bañado en rojas tintas;
Sus galas y primores
Mostrando siempre altiva,
Sin ver que el sol la mata,
Del sol el fuego aspira.
Cayó la tarde triste;
Y á par, la rosa, erguida,
Sin savia ya sus hojas,
Cayó también marchita.
Ni el aura, ni la fuente,
Su muerta faz animan:
.....
¡De vanas perfecciones
Imagen dolorida!

B. Antonio Arnao.

EL APOCALIPSIS

Traducido por Proudhon.

El Espíritu Santo inspira donde quiere, cuando quiere y como quiere. El mismo Dios, qué hizo profetizar al idólatra Balaan, inspira muchas veces palabras proféticas á los impíos, ateos y librepensadores de nuestros tiempos. Es moda leer los libros proféticos, y en el Apocalipsis sobre todo, están escritas las verdades que aterran á esos hombres que desdeñan los libros santos, verdades que ellos mismos no tienen más remedio que escribir.

Proudhon, uno de los demoledores del edificio social cristiano, ha entrevisto lo que será el mundo cuando triunfe el socialismo, y hace la descripción en las páginas 62 y 410 del tomo 17 de sus *Obras Completas*.

Es sencillamente una página del Apocalipsis, traducida por un librepensador, pero lógico como el condenado del Dante.

La revolución social, dice, no puede producir más que un inmenso cataclismo donde el efecto inmediato será:

La esterilización de la tierra.

Encerrar la Sociedad en una camisa de fuerza.

Y si es posible que tal estado de cosas dure solamente algunas semanas, hacer perecer por una hambre imprevista tres ó cuatro millones de hombres.

El gobierno no tendrá soluciones.

La nación no tendrá un céntimo.

El país estará sin producir y sin comercio.

Los obreros, desmoralizados por la política de los clubs y las malas doctrinas de los mitins, se harán bandidos para comer.

Millones de proletarios se lanzarán contra la propiedad.

El Estado requisará la plata y joyas de los ciudadanos para enviarlas á la casa de la moneda.

Las pesquisas domiciliarias, serán el único medio de cobrar las contribuciones.

El labrador sin dinero, tendrá que pagar en especie.

Bandas de hambrientos recorrerán el país sembrando el terror.

Los vagabundos serán los amos de todo.

Los labradores tendrán que defender sus casas revólver en mano.

Las casas serán asaltadas, las iglesias profanadas, las escuelas incendiadas, las mujeres atropelladas.

La sangre correrá en abundancia porque serán cortadas muchas cabezas.

¡Quién sabe hasta dónde llegará una revolución provocada por los abogados, impulsada por los artistas, conducida por los romanceros periodistas!

¡El terror! Una multitud alarmada por la invasión y la traición, consternada por la desgracia de la nación y atropellada por una multitud armada y sedienta de sangre.

Los domicilios saqueados, las cárceles abiertas y los presos por calles y campos.

Espías por todas partes, que cuentan hasta los suspiros, que observan hasta el silencio, que denuncian, y su delación es una sentencia de muerte.

¡El hambre, la desolación y la muerte! Hé ahí los frutos de la revolución.

* * *

Sí, esos son los frutos de la revolución, que es el socialismo en acción, en práctica, como se empieza á ver en Francia. Esto es lo que debe producir forzosamente la libertad del mal, del error y la justicia, de la fuerza sin derecho, de pensarlo todo y escribirlo todo, de hacerlo todo y de decirlo todo.

Máximas contra el alcoholismo.

El alcohol paraliza el cerebro.

El alcohólico pierde su voluntad.

El alcohol no es un alimento.

El alcohólico no opone resistencia á las enfermedades.

Desconfiar de la copita: mata el cuerpo y el alma.

Comprar alcohol, es comprar la muerte.

El alcohol no estimula la digestión.

La puerta de la taberna conduce al hospital y al presidio.

El hombre está muerto cuando está borracho.

La primera embriaguez, alegra; la segunda, irrita; la tercera, atonta, y la cuarta, embrutece.

El borracho es un mal hijo, mal ciudadano, mal esposo y mal padre.

Un hombre borracho es: ó cordero, ó cerdo, ó mono, ó león.

La taberna es un matadero de hombres.

Nadie ampara á perezosos y borrachos.

Un vaso de agua es más barato y más sano que un vaso de aguardiente.

Por acuerdo del Ayuntamiento de Barcelona, en una de las últimas sesiones del pasado Abril, han sido colocados cuadros con las anteriores máximas en los albergues nocturnos de dicha capital.

A FERNANDITO SANMIGUEL

Ninguna de las muchas obras buenas que tú hubieras podido realizar en el fausto día de tu primera Comunión, ninguna de mayor mérito ni más á propósito para corresponder al infinito amor de Jesucristo, que de tu corazón ha hecho su Santuario, como el sentar á los desvalidos á tu mesa.

El socorro al necesitado entraña el verdadero concepto del verdadero amor al hombre. Quien ama al hombre verdaderamente, ama verdaderamente á Dios. El verdadero amor al hombre es la más concluyente prueba de que á Dios se le ama verdaderamente.

Para que comprendas bien estos pensamientos, menester es que sepas primero lo que se entiende por *socorro al necesitado*.

Me parece, te oigo decir: ¡Yo ya sé éstol Socorrer al necesitado es dar limosna á todos los pobres que vengan á casa á pedirla; es dar al «muchachito» aterido de frío en el invierno por llevar sus pies descalzos y desnudo su cuerpo, un par de botas de las de mi uso y una camiseta ó una cazadorita de las que yo gasto.

No discurres mal; eso es socorro. Pero es parte, la más pequeña, del *socorro al necesitado*. La idea de *socorro* tiene mayor amplitud, mayor extensión, que esa que tú atribuyes á la palabra. Y el socorro se practica—¡debe practicarse!—de muy distinta manera de como tú piensas.

«No sólo de pan vive el hombre—ha dicho nuestro Redentor—sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». Y en este sentido—que es para nosotros, los católicos, invariable é ineludible regla de conducta—el *socorro al necesitado* comprende el pan y vestido, que tú crees, y también el *buen consejo*, que conforta; el *cristiano ruego*, que sostiene; la *exhortación piadosa*, que anima y decide; la *afectuosa reconvención* (cuando hay autoridad suficiente), que corrige y ordena; el *completo perdón de las ofensas*, que ennobleca y dignifica, y, además—fíjate bien, que esto es muy importante—el socorro al necesitado demanda, y Dios lo exige, el sostenimiento y profusión del libro *católico*, del periódico *católico*, de la revista *católica*, el sostenimiento y profusión de la *buena Prensa*, que nutre el alma de sanas ideas, desarrolla en el corazón cristiano sentimientos é inclina á la voluntad al fácil y gustoso cumplimiento de los preceptos de nuestra Santa Madre Iglesia.

Si pues el *socorro al necesitado* abarca las cosas que te llevo dichas (y otras muchas que callo para ser breve), tú ya comprenderás que ha de practicarse, no aguardando á que el «muchacho», aterido de frío, con sus pies descalzos y desnudo su cuerpo, y el decrépito anciano, sufriendo los rigores de implacable temporal, vayan á tu puerta en busca del alimento y del abrigo, sino visitándolos en su humilde *casucha*, contemplando de cerca las miserias que les rodea, enterándose, para remediarlos de sus trabajos y necesidades, que es así, amable niño, como el socorro se hace general y equitativo, y así es como se labra el mutuo afecto entre pobres y ricos: y hay lugar para cooperar al alivio y santificación del pobre, y se ofrece ocasión frecuente de bendecir á Dios por el inmenso beneficio de emplear útilmente las riquezas.

¿No conoces tú, Fernandito amigo, á algún Sr. Cura que de este modo practique la caridad? Pues, mira—y me anticipo á refutar la suspicaz objeccioncilla que ocurrirsete puede—sabe que á ejercitar de esa manera *el socorro* está obligado *todo católico*, sea Sacerdote ó sea seglar.

Entérate para que, por este lado, no tenga Dios que pedirte estrecha cuenta. Entérate, además, para que la sociedad no te haga responsable de muchos de sus extravíos.

Pero, me dirás: Y ¿cómo es posible que yo sepa quiénes son los que tienen necesidad de socorro? Y aunque llegara á saberlo, ¿cómo es posible que siendo muchos, disponga de tiempo bastante para visitarlos? ¡No tendría que hacer otra cosa!

A esto contestaré que tú *solo*, aunque empleces un día entero, no lograrás mover una piedra de cincuenta kilogramos, pero si contigo echan sus manos á la piedra ocho, diez, veinte ó más chicos, en un momento lograréis moverla. ¿Me entiendes?

Por otra parte, si la empresa de socorrer á los necesitados en sus domicilios fuera imposible, no tendría razón de existir la benéfica Conferencia de San Vicente de Paul, que aquí tienen organizada las señoras.

Consúltalas, consulta, sobre todo, al ejemplar Sr. Cura párroco que ha formado la Asociación, y verás qué sencillo es el problema.

Mas ahora caigo en la cuenta de que «se me ha ido el santo al cielo»; de que estoy hablándote como si tú fueras un *caballero inde-*